

Un descubrimiento ético: El tratado de lo mejor de Julián Marías

Julián Marías ha hecho importantes descubrimientos filosóficos, históricos, sociales, literarios, que son imprescindibles para saber a qué atenerse en filosofía, en historia, en sociología o en literatura. Pero acaba de hacer otro desvelamiento: se trata de un ética.

A lo largo de la historia ha habido filósofos eminentes que, desde innumerables formas, plantean los problemas de la moral. Pero esos planteamientos nos producen descontento, nos resultan arcaicos: parece que, por muy valiosos que sean, no han sabido dar con la perspectiva que hoy puede ser adecuada.

Eso ha sido así hasta ahora, en que Julián Marías publica un libro — estrechamente unido a sus dos anteriores: *Razón de la filosofía y Mapa del mundo personal*— que proporciona una visión nueva de los problemas morales. Esta visión ha sido posible porque la filosofía de Marías —fiel *al punto de inflexión* que ha marcado Ortega— descubre un nuevo sentido de la realidad (la vida humana) y el método adecuado para comprenderla (la razón vital o histórica).

Rasgo característico de nuestra época es la desorientación moral; no se sabe a qué atenerse en cuestión de moral, lo cual ha dado lugar muchas veces a una proliferación de fundamentalismos y fanatismos que en el fondo nacen de la desesperación causada por la ausencia de normas personales con las que uno pueda orientarse libre y responsablemente. Por eso los totalitarismos de nuestro siglo

**ENRIQUE
GONZÁLEZ
FERNÁNDEZ***

«Julián Marías publica un libro —estrechamente unido a sus dos anteriores: *Razón de la filosofía y Mapa del mundo personal*— que proporciona una visión nueva de los problemas morales. Esta visión ha sido posible porque la filosofía de Marías —fiel *al punto de inflexión* que ha marcado Ortega— descubre un nuevo sentido de la realidad (la vida humana) y el método adecuado para comprenderla (la razón vital o histórica).»

*Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

requieren la participación de masas pasivas, impersonales, sin normas propias, amorales, manipuladas por consignas ajenas. Se ha producido así lo que llama Marías una disminución del *peso moral* de las personas.

El libro de Julián Marías se titula *Tratado de lo mejor*. Tiene un subtítulo: *La moral y las formas de la vida*. El título, por sí mismo, indica ya que nos encontramos dentro de una perspectiva ética completamente nueva. Podría haberse titulado *Tratado del bien* porque hasta ahora la ética ha insistido en la idea del bien, en preguntarse acerca de lo que es bueno. Pero Marías ha descubierto que la moralidad de esa realidad radical que es la vida humana constituye lo mejor (la inmoralidad no constituiría lo malo, sino lo peor). Por tanto, en ética se necesita ver lo mejor; hay que preguntarse sobre aquello que es mejor.

No se trata de distinguir entre el bien y el mal, sino entre lo mejor y lo peor (tampoco se trataría, en otro orden anterior, de una distinción entre el ser y el deber, sino entre la vida y la posibilidad, la innovación libre, el hacerse abierto al futuro, que puede ser mejor o peor).

Para Marías la moral tiene que ver con la vida humana, que es personal. Cada cual vive la vida humana a su manera, desde su perspectiva única. Hoy está bastante difundida la impresión de que la moral no tiene que ver con la vida: la moral es vista como algo inaccesible que desconoce la realidad de la vida, lo cual lleva a una peligrosa actitud de desdén hacia la moral, que sufre un descrédito, una crisis.

Y la vida humana presenta una pluralidad de posibilidades entre las que hay que elegir; hay que darse razones para hacer o preferir una cosa y no otra. "Vivir es preferir", dice Marías. De esta manera surge la noción de *lo mejor*, algo decisivo y no atendido suficientemente hasta este libro. Ahora bien, la idea de *mejor* y la de *bueno* corresponden a vivencias distintas (Marías muestra sorprendentemente que la etimología del adjetivo *bueno* no tiene nada que ver con la del comparativo *mejor*, ni en español, ni en las otras lenguas romances, ni en latín —de *bonus* no se deriva *melior*—, ni en griego, ni en las lenguas germánicas). Es decir, el matiz de preferencia es bien visible en la palabra *mejor*, cosa que no ocurre con *bueno*, lo cual confirma la teoría de Marías.

Incluso el hombre elige entre qué caminos va a elegir. Toda mutilación de su horizonte vital "es ya una inmoralidad". La omisión de porciones de ese horizonte es una de las inmoralidades "más graves y

«Y la vida humana presenta una pluralidad de posibilidades entre las que hay que elegir; hay que darse razones para hacer o preferir una cosa y no otra. "Vivir es preferir", dice Marías. De esta manera surge la noción de lo mejor, algo decisivo y no atendido suficientemente hasta este libro.»



frecuentes de nuestro tiempo". Porque la moral es "un estímulo hacia lo mejor".

Es evidente que sin libertad no habría moral: si el hombre no fuera libre, no sería responsable, y por tanto no sería sujeto moral. Por si fuera poco, a este respecto Julián Marías introduce otra novedad: rectifica la manera de entender la libertad a la hora de preferir. Hasta ahora se ha solido pensar en el futuro, es decir: yo soy libre porque podré hacer una cosa u otra. Pero Marías muestra que el hombre tiene conciencia de su libertad refiriéndose al pasado: después de que yo he hecho una cosa, tengo la impresión de que yo hubiera podido hacer otra distinta. Descubro la libertad como ejercida, con sus consecuencias buenas o malas. "Esta experiencia es la que se proyecta sobre el futuro y descubre así el *horizonte* de la libertad, que ya queda incorporado a la realidad de la vida".

De tal manera que mi vida hasta este momento es obra mía, y juzgo que en ella he hecho lo *mejor* que he podido o no; soy responsable de ella. Sólo desde aquí "tiene pleno sentido la valoración moral de cada uno de los actos". Para Marías, la libertad es mayor de lo que ha solido pensarse. "La opinión contraria se explica por la propensión a deslizar en lo humano el modo de ser de las cosas, que le es radicalmente ajeno."

Julián Marías ha dilatado el ámbito de la moralidad: lejos de reducirse a un tipo muy particular de conductas, afecta a la vida entera, y desde ella a cada uno de sus momentos. Grandes porciones de la humanidad contemporánea niegan la condición moral de la vida humana; muchas personas producen la impresión de que son ajenas a toda moralidad. En el presente libro se afirma, por el contrario, que la vida humana es "*intrínsecamente moral*, en un sentido más radical y profundo de lo que ha solido pensarse".

Para Marías, vivir consiste en proyectarse *vectorialmente*, desde las instalaciones, en actos. Ahora bien, la consideración moral se ha concentrado siempre en los actos, y ha desatendido las instalaciones previas. En realidad, las instalaciones tienen una dimensión moral, en la que no se ha podido reparar, en la que Julián Marías insiste del modo más explícito.

Por otro lado, como la vida real es circunstancial, existe una solidaridad con la circunstancia, con el mundo en que se ha nacido por ejemplo, aunque haya descontentos localizados y se sientan reservas sobre muchos de sus contenidos. "El deseo de modificar ese mundo es precisamente uno de los elementos de su solidaridad con él: porque es el propio, porque está uno hecho de su realidad, se busca su

«Marías introduce otra novedad: rectifica la manera de entender la libertad a la hora de preferir. Hasta ahora se ha solido pensar en el futuro, es decir: yo soy libre porque podré hacer una cosa u otra. Pero Marías muestra que el hombre tiene conciencia de su libertad refiriéndose al pasado: después de que yo he hecho una cosa, tengo la impresión de que yo hubiera podido hacer otra distinta. Descubro la libertad como ejercida, con sus consecuencias buenas o malas.»



mejoramiento, su perfección en la medida en que es posible". Lo cual tiene carácter moral. En lugar de eso se puede hacer una repulsa global de la circunstancia. O una inserción anormal y falsa en la circunstancialidad, como puede ser el nacionalismo. Vemos también que hay moralidad en el trato con la circunstancia.

Si la vida humana se realiza en una pluralidad de trayectorias, a ellas también pertenece una condición moral, en cuanto sean auténticas o no. "La autenticidad o inautenticidad de las trayectorias da a una vida su moralidad o inmoralidad *global*".

Otra novedad ética que introduce Marías en sintonía con su filosofía es que, lejos de ser abstracta, "la moral tiene que ser *personal*, y no puede serlo más que referida a la *persona masculina* o a la *persona femenina*". Hay múltiples factores que intervienen para configurar la imagen que varones y mujeres tienen recíprocamente. Hoy han irrumpido factores de origen fisiológico o psicológico, con un predominio inquietante de lo zoológico. La visión zoológica del hombre es "el riesgo actual mayor de inmoralidad". Es decisiva la calidad de esos factores. Por ejemplo: "imagínese lo que puede influir una religiosidad angosta y suspicaz, a diferencia de una abierta, generosa, penetrada de la convicción de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y que la realidad de éste es amor". Luego lo veremos.

En estas páginas de *CUENTA Y RAZÓN* (número 10, marzo-abril 1983), Marías publicó un artículo titulado *Una visión antropológica del aborto*, probablemente lo más inteligente que se ha escrito sobre el tema. Su planteamiento no era religioso, ni científico, ni de *mor al particular*, ni cualquier otro restrictivo. Se trataba de un planteamiento *elemental*, ligado a la mera condición humana: una visión antropológica que avisaba sobre el peligro que supone un proceso de despersonalización, de deshominización. El artículo terminaba con estas palabras: "la aceptación social del aborto es, sin excepción, lo más grave que ha acontecido en este siglo que se va acercando a su final."

En el *Tratado de lo mejor* aborda Marías una vez más esa cuestión. Frente a la bella expresión alemana del embarazo ---"llevar-un niño bajo el corazón"—, algunos tienen la idea del niño en gestación como un tumor que se puede extirpar. Tal aceptación social del aborto es un retroceso a la prehistoria. Si el niño gestante no es un tumor, si es una persona viniente, que llegará a su plenitud humana si no se la mata en el camino, el aborto no es sólo algo inmoral, sino una monstruosidad.

«Si la vida humana se realiza en una pluralidad de trayectorias, a ellas también pertenece una condición moral, en cuanto sean auténticas o no. "La autenticidad o inautenticidad de las trayectorias da a una vida su moralidad o inmoralidad global".»



La inmoralidad procede de prescindir de la condición personal: cuando se toma a una persona como cosa, como mero organismo. Y esa tendencia a la despersonalización es el peligro de nuestros días.

Hay un sugestivo capítulo titulado *La intensidad de la vida como criterio moral*, donde se dice que al conjunto de la vida le corresponde una intensidad mayor o menor, y de tal intensidad depende el grado de su moralidad. Marías, siempre optimista, ve la vida valiosa y llena de posibilidades: "la moralidad de la vida consiste en lograr la máxima intensidad, teniendo presente que el hombre no necesita tener éxito, que el fracaso es una de sus posibilidades, y que también tiene valor cuando algo se ha intentado con plena voluntad de acierto". Incluso se puede corregir la vida, iniciar, a cualquier altura o nivel, "una torsión hacia lo mejor".

Julián Marías nos invita a aprovechar las posibilidades de la vida, a no reducirla —por formas de inmoralidad: debilidad biográfica, cobardía, no atreverse, falta de amor, soberbia, envidia— a un nivel inferior al posible. "Esa intensificación es la forma en que el hombre expresa más enérgicamente la gratitud por esa vida que le ha sido dada, en y con la cual se ha encontrado, precisamente como un *quehacer*, como algo que cada uno tiene que imaginar, proyectar y realizar". La falta de aprovechamiento, la *vita mínima*, es "una de las formas más graves de inmoralidad". Considerar que el temple adecuado ante la vida sea, por ejemplo, la náusea le parece a Marías "no sólo un error intelectual, sino una actitud de profunda inmoralidad".

Marías lleva mucho tiempo insistiendo sobre la repugnancia que le producen los sacrificios humanos por motivos religiosos, que destruyen personas y cualidades personales (la palabra *sacrificio* no quiere decir renuncia o destrucción de algo valioso, sino dar un carácter *sacro* a algo, "y en eso reside su justificación, no en la posible dimensión negativa"). En el presente libro Marías dice que "hay personas que se llenan de prohibiciones injustificadas, indebidas, lo que puede ser estrictamente inmoral". Le parece sospechoso el *desapego*, que suele encubrir egoísmo, sequedad o indiferencia. Porque el excesivo ascetismo "es inmoral".

La moral consiste "en la intensificación y perfección de la condición *propia*". Porque lo humano, como recordaba Ortega, admite grados. La virtud del varón y de la mujer consiste en serlo en el grado mayor posible, en serlo mejor. La inmoralidad consiste en serlo peor, en la falta de entusiasmo y generosidad por ser mejor.

«La inmoralidad procede de prescindir de la condición personal: cuando se toma a una persona como cosa, como mero organismo. Y esa tendencia a la despersonalización es el peligro de



En el penúltimo capítulo, Marías escribe que la vida se presenta como algo que terminará; es esta una cuestión que ha tratado en casi todas sus obras (por eso el libro — todavía inédito— que Harold Raley acaba de escribir sobre Marías se titula *The watch on mortality*). Si el hombre se aniquilara con la muerte, todo dejaría de tener importancia. "Por el contrario, si su vida sigue, lo que importa ahora seguirá importando, incomparablemente más, porque será para siempre". Eludir esta cuestión es una inmoralidad. El deber moral consiste en el intento a fondo de saber a qué atenerse. Al lado de la fe religiosa puede existir un intento de examinar "las formas de realización de una vida posterior al término de esta, pero que siga siendo nuestra, la propia de cada cual".

Finalmente, el último capítulo, titulado *La imagen de Dios*, descubre también, inesperadamente, la justificación de la idea rectora del presente libro: "en la moralidad, asunto humano, no se trata propiamente del *bien*, absoluto en el caso de Dios, proporcionado a su realidad en las cosas creadas, como repite una vez y otra el Génesis (*y vio que era muy bueno*), sino de lo *mejor*, algo correspondiente a la *imagen y semejanza* de la realidad perfecta y absoluta".

Porque el hombre es alguien nunca acabado, siempre haciéndose, en camino. Y aquí Marías hace filosofía con lo que ésta se encuentra (la fe cristiana). Quiere entender e interpretar la significación del dato revelado según el cual el hombre es imagen de Dios, noción que concuerda con la condición personal del hombre o su dignidad altísima. Si se toma en serio que el hombre es imagen de Dios, "la reacción adecuada no es soberbia, sino gratitud".

Dios es amor significa que Dios consiste en amor. "Si esto es así, su imagen humana sería una *criatura amorosa*". He aquí otro descubrimiento (muy elogiado, permítase decir, por el auditorio de una reciente conferencia que Marías ha pronunciado en el Vaticano, con la gratitud expresa del Papa). Luego la moral cristiana —frente al reproche de los que exigen una moral autónoma, conseguida como culminación en Kant—, no es heterónoma, no consiste en un cumplimiento de normas externas y ajenas. Como imagen de Dios, lo que le viene al hombre de Dios, lejos de serle ajeno, es lo más suyo. "No es heteronómica, porque Dios no es un *hateros* sino lo más radicalmente propio; es, precisamente, la culminación de la autonomía".

Por tanto, la moral cristiana "se ha de entender como *exigencia de autenticidad*. Apartarse de Dios es alejarse del modelo, de lo más propio, de *uno mismo*". Aunque es cierto que esta moral no es válida más para el que se vea como imagen de Dios, si se encuentra

«La moral consiste "en la intensificación y perfección de la condición propia"». Porque lo humano, como recordaba Ortega, admite grados. La virtud del varón y de la mujer consiste en serlo en el grado mayor posible, en serlo mejor. La inmoralidad consiste en serlo peor, en la falta de entusiasmo y enerosidad por ser



que esa interpretación del hombre —criatura amorosa, cuyo amor consiste en darse— responde a los rasgos que el pensamiento descubre, "alcanzaría una validez independiente de la fe, con una justificación nacida del análisis de la realidad humana". Y en la condición de imagen de Dios, entendido como Padre, se funda *la fraternidad* de los hombres, tan difícil de justificar sin esa condición.

Para terminar hay que reproducir lo últimos párrafos de este mejor tratado de moral, creado por el mejor filósofo, cuya vida prefiere lo mejor: "El prójimo lo es por su efectiva proximidad y es hermano por la común filiación divina, por ser cada uno amado por el Padre. En esta concepción, cada hombre es único, conocido personalmente por el Creador, con su nombre, por el cual espera ser llamado". Y precisamente "de esta visión de la moralidad se desprende el más fuerte argumento a favor de la vida perdurable después de la muerte. La idea de la total extinción de la vida, de la aniquilación de la persona —la máxima realidad que conocemos— es inconciliable con ella. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, por amor efusivo. Es inconcebible que lo ame solamente *un rato* y consienta su destrucción. El amor de Dios tiene *que ser para siempre*".

En definitiva, nos encontramos ante un libro magnífico; creo que es lo mejor que se ha escrito sobre moral. Hace unos descubrimientos que van a marcar un punto de inflexión en moral, que van a *hacer época*. Esperemos que los interesados en problemas éticos puedan enterarse de la presente innovación histórica, capital. Esta obra, que aunque profundísima tiene la ventaja de ser breve —parafraseando a Gracián, *lo mejor, si breve, dos veces mejor*—, está llamada a difundirse, a ser traducida, a convertirse en un lugar de referencia. Si Julián María suele hablar de las raíces morales de la inteligencia, en este libro tan inteligente el lector se da cuenta del alto grado de intensidad moral de la vida de su autor, de talento extraordinario. Porque, como él ha escrito en otro lugar, el talento es, en buena parte, una condición moral.

Julián Marías: Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida. Alianza Editorial. Madrid, junio de 1995 (180páginas).

«Por tanto, la moral cristiana "se ha de entender como exigencia de autenticidad. Apartarse de Dios es alejarse del modelo, de lo más propio, de uno mismo". Aunque es cierto que esta moral no es válida más para el que se vea como imagen de Dios, si se encuentra que esa interpretación del hombre —criatura amorosa, cuyo amor consiste en darse— responde a los rasgos que el pensamiento descubre, "alcanzaría una validez independiente de la fe, con una justificación nacida del análisis de la

